

Caperucita Roja

Érase una vez una pequeña niña que se llamaba Caperucita Roja porque siempre llevaba un abrigo rojo con capucha comprado en el Zara del Paseo de la Castellana la última vez que fue a Madrid a ver un partido de fútbol con su padre (partido en el que jugaron el Real Madrid contra el Barcelona y ganó el equipo local...). Pues el caso es que Caperucita, por motivos como este de ir a Madrid al fútbol o porque estaba enamoradísima de Enrique Iglesias, estaba empezando a aprender español. Estaba muy ilusionada, ya que era capaz de leer los comentarios que sus amigos hispanohablantes le dejaban en su muro de facebook, y de publicar tuits en español.

Su madre le dijo que fuera a casa de su abuelita, una cariñosa señora que había prometido a su nietecita un curso de español en Salamanca si se portaba bien, para recoger una gramática que acababa de comprar en Amazon (porque en su pueblo no había librerías especializadas) pero que tuviera cuidado con el lobo, ese malvado personaje que siempre infundía miedo.

Caperucita caminaba por el bosque y, como ya sabemos que pasaría porque si no este cuento no tendría gracia, apareció el lobo feroz. El lobo estaba en el nivel 10 de español en *duolingo*, pero lo llevaba muy en secreto, y sabedor de los conocimientos en esta lengua que tenía la niña, aprovechó para conversar con ella.

- Hola Caperucita ¿dónde vas tan tempranito? ¿No sabes que no por mucho madrugar amanece más temprano?
- ¡Voy a casa de mi abuelita a por una gramática para estudiar español! – contestó feliz la pequeña.
- Vaya, vaya... entonces haces bien. A quien madruga Dios le ayuda. Y cada día estudiando pasa el hombre de necio a sabio. Pero... te estás metiendo en camisa de once varas... El español... uff... usar bien el subjuntivo es como encontrar una aguja en un pajar...

Caperucita, extrañada con el modo de hablar del lobo decidió seguirle el juego y le contestó:

- No es tan fiero el león como lo pintan... quien algo quiere algo le cuesta, pero quien la sigue, la consigue.
- ¿Y la diferencia entre ser y estar? Aprenderla es pedirle peras al olmo
- Pasito a pasito se hace el caminito. Y por este caminito me voy a casa de mi abuela...

El lobo, que quería continuar esta refranera conversación, se adelantó para llegar a la casa de la abuela. Pero por el camino pensó en que también sería una buena idea comérsela... Estaría sola, indefensa... A la ocasión la pintan calva... Llamó a la puerta y desde dentro la abuela preguntó:

- ¿Quién es?
- Soy tu nieta Caperucita - dijo el lobo afinando su voz – que vengo a por la gramática- y murmuró para sí: aún no ha llegado Caperucita. ¡Bien! Más vale llegar a tiempo que rondar un año.

El lobo no engañó a la abuela cambiando la voz porque había instalado en su casa un laboratorio de idiomas unos meses atrás para mejorar activamente su comprensión auditiva de español (es que la abuela también estudiaba español porque quería veranear en Mallorca) y estaba acostumbrada a escuchar diferentes voces. Abrió la puerta, vio al perverso lobo y gritó:

- ¡Pero bueno! ¿creías que me engañarías? ¿No ves que más sabe el diablo por viejo que por diablo? Anda, anda... vete de aquí...
- Vaya... me has pillado... si ya sé que se coge antes a un mentiroso que a un cojo...

En estas estaban cuando llegó Caperucita:

- ¡Oh, lobo! ¿Qué haces aquí? ¿también has venido a por la gramática?
- Esto... Claro, claro, sí...
- ¡Qué bien! – gritó Caperucita - ¡Así podremos hablar todos en español! – y aplaudió de alegría la niña.

Al oír este alboroto un cazador que había por allí pensó que algo habría pasado. Y corrió a casa de la abuelita. El cazador era un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años, era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro; gran madrugador y amigo de la caza. Su verdadera ocupación era la de profesor de español. Lo olvidaba, se llamaba Alonso Quijano, pero todos le llamaban Don Quijote de la Mancha. Cuando llegó y vio que nada grave pasaba, preguntó:

- ¿Qué alboroto es este? ¿No ven vuestras mercedes que van a asustar a las fieras del bosque?
- Nada, don Quijote, - contestó Caperucita - que nos hemos juntado aquí tres amantes de la lengua española. Mire qué gramática tiene mi abuela.
- Aaahh, Caperucita, qué bueno es leer. Ahora digo –dijo a esta sazón don Quijote— que el que lee mucho y anda mucho ve mucho y sabe mucho.
- Muy bien, Don Quijote – agregó el lobo – veo que lo ha entendido usted. A buen entendedor, pocas palabras bastan.

Y concluyó Don Quijote:

- Paréceme, lobo, que no hay refrán que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la misma experiencia, madre de las ciencias todas.

Y todos juntos, recitaron poemas en español, fueron felices y comieron perdices.